

ALBERTO M. DE AGOSTINI S. S.

ANDES PATAGONICOS

VIAJES DE EXPLORACION
A LA CORDILLERA PATAGONICA AUSTRAL

Segunda edición aumentada y corregida

ILUSTRACIONES Y MAPAS DEL AUTOR

BUENOS AIRES

1945

LOS PATAGONES O TEHUELCHES

Origen del nombre Patagón — Area de dispersión — Idioma y estatura de los Tehuelche — Caracteres físicos — Vestidos y adornos — Armas — Toldos y menaje — Alimentos — Matrimonio — Bailes y fiestas — Rito fúnebre — Religión — El Gualichu y el brujo — Vida social — Misiones y Misioneros salesianos — Próxima extinción de los Tehuelche

Hoy que la civilización, con todos sus modernos adelantos, ha invadido rápidamente las inmensas llanuras patagónicas, poblándolas de millares de ovejas, abriendo caminos, edificando estancias y aldeas, cuesta trabajo el recordar que estas mismas llanuras, hace sólo pocas décadas, pertenecían por entero a aquellos famosos indígenas gigantes que Magallanes, en mayo de 1520, había encontrado en las playas de San Julián y que, por las grandes huellas que sus pies recubiertos de pieles de guanaco dejaban en la arena, había denominado, según relata Pigafetta, *Patagones* (pies grandes), denominación que luego se extendió a toda la región habitada por ellos ⁽¹⁾.

Los Patagones o Tehuelche ⁽²⁾ habitaban las grandes llanuras limitadas al Norte por el Río Negro y Limay, al Oeste por la Cordillera de los Andes, al Este por el Atlán-

(1) El calzado de esta gente estaba hecho con un pedazo de piel de guanaco, generalmente de la parte de las piernas, como aún hoy acostumbran hacerlo los Ona de la Tierra del Fuego, y las huellas que dejaban eran tan grandes que daban realmente la idea de unos pies enormes. Por este motivo, Magallanes los denominó Patagones.

Algunos autores modernos, no satisfechos con la explicación de Pigafetta, buscaron el origen de este nombre en las lenguas indígenas, recurriendo a especiosas combinaciones de palabras. Según algunos, provendría de la lengua pampa, en la que la palabra *pa* indica la idea de venir, y *thagon*, la de romperse, quebrarse. De esta forma, patagón significaría el que llega despedazado, roto, y Patagonia, tierra rota, quebrada por las violentas conmociones sísmicas ocurridas en épocas remotas. (Ver P. P. Pasteles: *El descubrimiento del Estrecho de Magallanes*, Vol. I, pág. 67). Otros, en cambio, la derivan de la combinación de las dos voces quichúas: *pata* y *cerna*, que significarían "tierra en forma de mesetas". (Ver Sir Clemente Markham en *Geographical Journal*, octubre 1899, pág. 377).

El profesor Spegazzini encontraría la explicación en la voz quichúa *patak*, que en este idioma significa cien, y *añeken*, nombre que los indígenas se daban a sí mismos; por consiguiente, *Patak-añeken*, más tarde corrompido y alterado, tendría el significado de "centuria de los *añeken*" (Ver *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, XVII, 1881, pág. 221).

(2) El nombre *Tehuelche* es araucano y se puede descomponer en esta forma: *Te-huell-che*, "gente de posesión o hacienda sin par" (Cfr. Andrés Febrés, *Diccionario Araucano Español* (ed. 1885), 42, 107, 230). Con esta denominación los Araucanos quisieron expresar la aridez y pobreza extraordinaria de las tierras pobladas por los Patagones. (Véase *La edad de la piedra en Patagonia*, por Félix F. Outes, Buenos Aires, 1905, pág. 240). El uso de esta denominación (*Tehuelche*, y después *Tehuelches*) se divulgó en la segunda mitad del siglo XVIII. Por ser palabra indígena, nosotros conservamos su valor etimológico y por eso la consideramos indeclinable y escribimos *Tehuelche*, sin añadir al plural la consonante *s*. Según el P. T. Falkner, los Puelches llamaban a los Patagones *Tehuelhets* (Cfr. T. Falkner, *Descripción de la Patagonia*, pág. 91). Los Araucanos denominaban también a los indios del sur *Vuta - huilliches* (*Vuta* = gran de, *ghúylli* = sur, *che* = hombre, gente) "gente grande del sur". El nombre que se daban a sí mismos era el de *Tzóneca*, que en su idioma significa hombre, gente.



Una india tehuelche centenaria

ros (Araucanos del bajo Neuquén), con quienes contraían matrimonio, mostraban pequeñas diferencias somáticas y estaban más adelantados en las artes, especialmente en la elaboración del hierro y de la plata, con los que construían ornamentos y pequeños utensilios.

El aspecto exterior de los Patagones tuvo su primer descriptor en una época más temprana que muchos otros pueblos más elevados de Sudamérica, en el diario de Pigafetta (1520). Después de referirse a la estatura elevada de los indígenas vistos por él y capturados en San Julián, Pigafetta

(1) Según autores modernos, el idioma de los Patagones poseía tres dialectos; uno antiguo, hoy extinguido, el *Téhués* de la región del SW de Santa Cruz, y dos modernos, el *Peén* (*e*) *kenk* de los septentrionales y el *Aón* (*e*) *kenk* de los meridionales. Estos tres dialectos continentales, con los dos de los Ona de Tierra del Fuego, el *Sélknam* y el *Man* (*e*) *kenk*, constituyen el grupo lingüístico *Tshon* (pr. *Chón*) fundado por Lehmann-Nitsche en 1914. (Cf. J. Imbelloni, *Lenguas indígenas, en Historia de la Nación Argentina*, Vol. I, págs. 177-205, Buenos Aires, 1936).

tico y al Sur por el Estrecho de Magallanes, y estaban divididos por el Río Santa Cruz en dos grandes tribus: septentrionales y meridionales. Estas dos tribus estaban constituidas por diferentes clanes, o agrupaciones de numerosas familias, las cuales tenían un cacique, del que tomaban el nombre.

Hablaban el mismo idioma, modificado solamente por algunas diferencias dialectales y de pronunciación (1) y tenían substancialmente los mismos caracteres físicos y étnicos, aun cuando los meridionales fuesen más elevados de estatura, mejor formados y demostrasen mayor habilidad en el manejo de las boleadoras. Los septentrionales, por hallarse en frecuente contacto con sus vecinos Puelches (indígenas de la Pampa) y con los Manzaneros



Una anciana tehuelche



Indios tehuelche del lago Cardiel

menciona la pintura facial de color rojo con un círculo amarillo alrededor de las órbitas y los cabellos blanqueados por una especie de greda clara, añadiendo que la cara era muy grande: *faza grande et dipinta*. En una palabra, los elementos descriptivos del primer observador coinciden en darnos una impresión de grandeza: pies grandes que dejan amplias huellas, talla elevada y gran desarrollo facial.

Prescindiendo de las muchas fábulas tejidas sobre este esquema y que tuvieron vasta circulación durante los siglos XVI a XVII, por lo que los mapas antiguos de Patagonia llevan a menudo la inscripción *Terra Gigantum*, la Antropología ha establecido que la estatura de los Patagones existentes en el siglo XIX tuvo un promedio de m. 1,75, el que probablemente había sido algo mayor en tiempos anteriores, como lo demuestra el promedio (mayor de 1,80) de la raza indígena de la Tierra del Fuego septentrional, los Ona, considerados por todos como los representantes más puros de la raza Patagónica, por haber conservado las costumbres pedestres y haberse mantenido inmunes de mestizaje.

En cuanto a los caracteres craneanos, hay que distinguir entre los cráneos que fueron encontrados por Moreno en sepulturas antiguas, cuyo índice cefálico es 74, de las mediciones ejecutadas sobre cráneos modernos o indígenas vivientes en el siglo XIX, cuyo índice cefálico se acerca a formas más cortas: 78,5. También hay que tener en cuenta la mayor frecuencia de dolicoideos en la región septentrional de Patagonia, mientras los Patagones meridionales se acercaban a formas braquioides.

En el panorama clasificatorio de las razas de Sudamérica, los Patagones se colocan en el grupo humano denominado de los *Pámpidos*. He aquí mayores datos descriptivos de esta raza, que extractamos de las publicaciones recientes del Prof. Imbelloni (1). "Los pómulos son poderosos y el mentón grueso y saliente; la cara es alargada y el índice nasal leptorrino. La construcción del esqueleto es maciza, a veces enorme. Al lado de este canon macrosomático algo grosero, hay que tener en cuenta las proporciones recíprocas de los miembros, que señalan una notable armonía. El corte atlético y el equilibrio de las masas musculares hacen del Pámpido uno de los más soberbios modelos del organismo humano. En cuanto a la fisonomía, no existe casi dimorfismo sexual, y los hombres muy poco se distinguen de las mujeres (en la estatura, sin embargo, la diferencia sexual arroja unos 12 centímetros). Color cutáneo de pigmentación intensa, con reflejos bronceados. Iris oscuro, pelo duro y liso".

Los dientes son sanos y de una blancura maravillosa, que saben conservar masticando una goma que proviene del incienso (*Schinus dependens*), llamada por los indígenas *maki*, de sabor poco agradable, pero que resulta un excelente dentífrico. Forman con ella una especie de bolita, gruesa como una nuez, y se la pasan de boca en boca, después de haberla masticado durante algunos minutos.

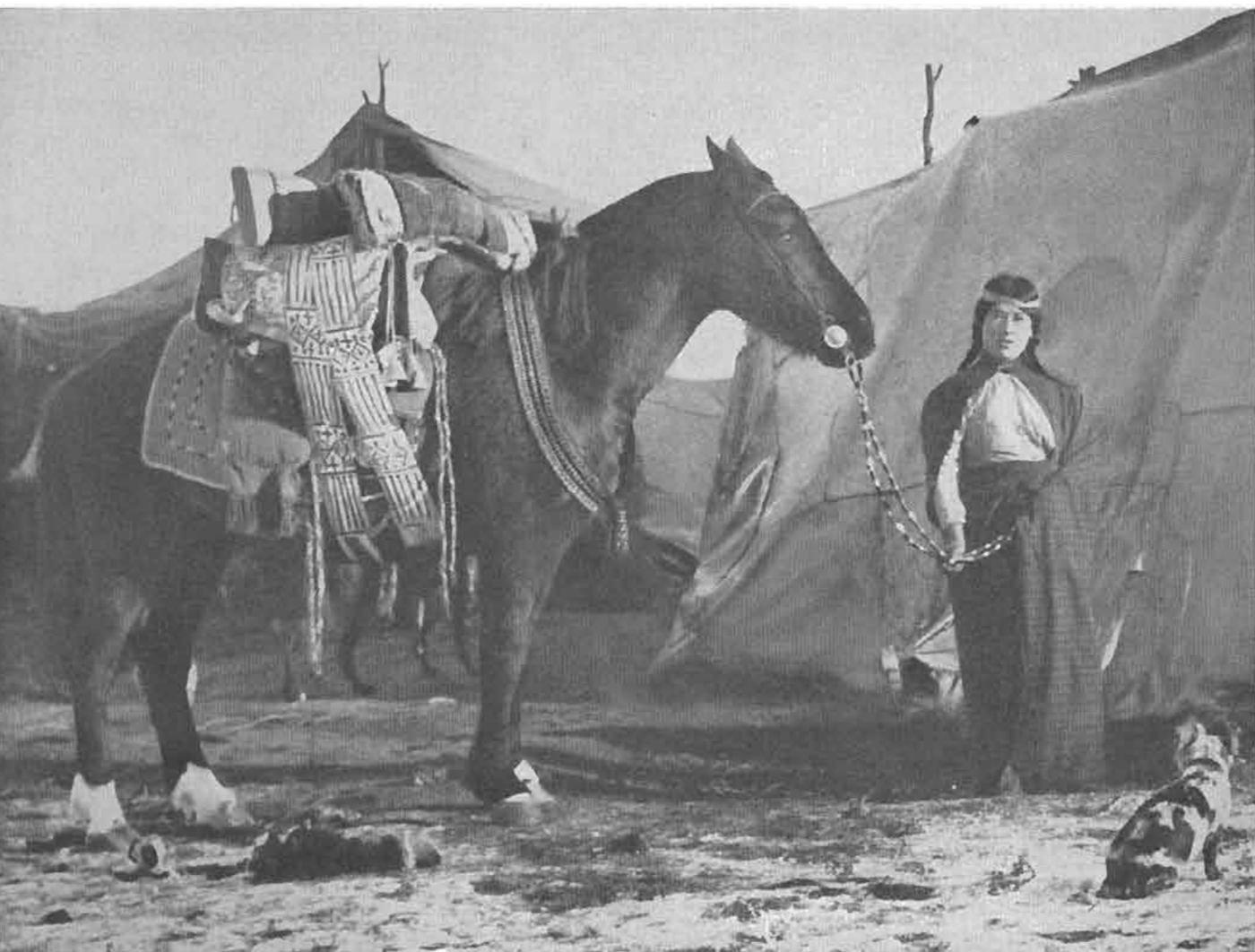
Los hombres llevan cabellos largos y espesos, que dejan caer en mechones ondulados y descuidados hasta los hombros, asegurándolos en la frente con una cinta de color, llamada *Wincha*; los cuidan muchísimo y todos los días los hacen peinar por sus

mujeres, teniendo cuidado de quemar escrupulosamente hasta el último pelo que pudiera desprenderse, porque los indios creen que si algún enemigo alcanza a poseer una hebra podría causarles algún embrujo.



Mujer tehuelche

(1) En lo que se refiere a la clasificación de la raza Pámpida en relación a las otras ocho razas que componen el esquema taxonómico de la población indígena de América, Imbelloni opina que se trata de una de las más antiguas capas de la población aborigen, asignándole el tercer lugar, en orden de tiempo. Esto quiere decir que cuando los *Pámpidos* se extendieron sobre el territorio americano, encontraron allí ya establecidos a otros dos contingentes: el primero la raza *Fuéguida*, que sobrevive aún en el extremo borde austral, y el segundo la raza *Láquida*, que ocupó hasta nuestros tiempos el macizo rocoso del Brasil oriental. Las tres razas, *Fuéguidos*, *Láquidos* y *Pámpidos*, pertenecen igualmente al grupo de los Australoides americanos, y su carácter económico, frente a las civilizaciones más encumbradas de los agricultores inferiores, se distingue por ser de una economía parasitaria, acompañada, naturalmente, por intenso nomadismo. (Cf. J. Imbelloni, *Tabla clasificatoria de los Indios: regiones biológicas y grupos raciales de América*; en *Physis*, tomo XII, Buenos Aires, 1958, págs. 229-249; y del mismo autor: *El poblamiento primitivo de América*, en *Cursos y Conferencias*, Año VI, Vol. XII; Buenos Aires, 1937-8; págs. 965-988).



Una mujer tehuelche lista para emprender viaje en su caballo

El rostro y el cuerpo son casi lampiños por la costumbre que tienen de depilarse, lo que les da un aspecto de fresca y perenne juventud. En las mujeres el efecto de la vejez es desastroso. La cara se cubre de arrugas profundas que dan a su semblante aspecto de verdaderas arpías. Es notable en algunos de estos indígenas, especialmente en los caciques, que sobresalen siempre por las extraordinarias cualidades físicas, la expresión de grave autoridad que emana de su rostro casi siempre serio, aumentada por el porte digno y noble de toda la persona.

El misionero salesiano José Beauvoir, que desde 1885 comenzó su apostolado entre estos indígenas y conoció las principales tribus que en aquel entonces sobrevivían aún, describe así la figura austera del cacique Papón, que vivía con su tribu en las cercanías de Santa Cruz: "A pesar de estar ya viejo —tenía cerca de 80 años— llevaba derechos los hombros y erguido todo el cuerpo; era alto poco menos de 2 metros y estaba muy bien formado. Ahora mismo no se lo hubiera creído viejo, por su agilidad y resistencia, si las canas y las arrugas abundantes que surcaban su rostro no lo hubieran manifestado claramente. Majestuoso en todo su porte, tanto cabalgando como caminando a pie, su aspecto, que de joven debió ser atrayente y jovial, era ahora digno y tranquilo; sus ojos, de una mirada ya escrutadora, ya llena de bondad, eran vivos



Huila, que fué esposa del Gobernador Ramón Lista y de Nicolás Ibáñez. Murió en Kamusuaike, en 1938, a la edad de 70 años

rante los viajes a la cintura con un cinturón de cuero. Al contacto con los blancos sustituyeron los cueros por tejidos de tela. El manto de cuero era pintado por las mujeres del lado liso con dibujos geométricos de color rojo, amarillo y azul, colores que obtenían de las raíces de ciertos arbustos, así como de ocre de determinadas localidades próximas a la Cordillera ⁽²⁾.

El vestido de las mujeres era más o menos semejante al de los hombres. A más del *gran manto* que aseguraban el pecho con cinturones, o con alfileres de plata, en las últimas épocas, llevaban una especie de camisa de cuero bien sobado, que envolvía

y llenos de inteligencia. Su nariz era aguileña, regulares la boca y los labios, sanos los dientes, serena y meditativa la frente" ⁽¹⁾.

La cultura de los Patagones sufrió una intensa transformación durante los tres siglos posteriores al viaje de Pigafetta, tanto en las costumbres como en la economía y religión, y tuvo lugar principalmente en fuerza al predominio ejercido sobre los Patagones por la cultura de los Araucanos, que en los últimos siglos invadieron las mesetas de Oeste a Este. Otra causa importante de esta transformación fué la introducción del caballo. El antiguo nomadismo indígena, absolutamente pedestre, fué transformado en ecuestre, lo que trajo una verdadera revolución en el entero patrimonio cultural. El vestido del indio Patagón consistía en un taparrabo formado por un pedazo de cuero cuadrado muy flexible, que hacía pasar por debajo de las piernas y ataba a los flancos por las cuatro puntas. Lo restante del cuerpo lo cubría por un gran manto (*kai*) hecho con pequeños cueros de guanaco, colocando el pelo hacia dentro y asegurándolo du-

(1) Una descripción muy parecida es la que hizo Musters del cacique Orkeke con el cual convivió íntimamente dos meses, mientras acompañaba una tribu Tehuelche a través de toda la Patagonia. El capitán Musters, en la relación de este viaje, nos dejó un caudal precioso de datos acerca de los usos y costumbres de los Patagones. (Cfr. George Ch. Musters, *At home with Patagonians, a year's wanderings over untrodden ground from the straits of Magellan to the Rio Negro*. London, 1874. Traducción castellana. *Vida entre los Patagones*, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1911).

(2) Algunos curanderos-brujos llevaban como vestimenta de excepción, una especie de túnica de cuero con aplicaciones de pequeños discos de valvas de moluscos. (Ver *Rastros del traje ceremonial de un médico Patagón*, por Milciades A. Vignati, en *Notas del Museo Etnográfico* N.º 4, Buenos Aires, 1930).

por completo el cuerpo, desde el seno hasta las rodillas, y bajo ésta, otro pedazo de cuero colgado de la cintura. Los chicos llevaban también pequeños mantos, y únicamente a los varones los dejaban ir desnudos hasta la edad de seis o siete años.

Los Patagones tenían profundamente arraigado el sentido de la decencia; sobre todo las mujeres eran escrupulosamente púdicas, no dejando descubierta nunca ninguna parte del cuerpo, a excepción de los brazos. Y su delicadeza era tal que, durante el baño que solían tomar todas las mañanas antes del alba y en el que ambos sexos se mantenían escrupulosamente separados, entraban al agua rigurosamente envueltas en su manto, y luego, siempre cubiertas, regresaban al toldo, y allí permanecían arrimadas al fuego hasta que el vestido se secaba sobre su cuerpo. El ingeniero Onelli, que en sus frecuentes relaciones con los Tehuelche durante sus largos viajes a través de la Patagonia, fué más de una vez testigo de esta profunda reserva, nos ofrece una interesante descripción en su libro "Trepando los Andes".

Como calzado, usaban en los tiempos antiguos, lo mismo que los indígenas Ona de la Tierra del Fuego, las primitivas sandalias (*Aien*) hechas de cuero de guanaco, de que habla Pigafetta, y que les valió el nombre de Patagones (pies grandes); pero en la actualidad, desde la introducción del caballo, calzan las botas de potro, altas hasta la rodilla, hechas con el cuero de las piernas anteriores del caballo, arrancado de un solo pedazo, ablandado luego sobándolo y untándolo con grasa. A veces confeccionaban esta especie de botas con el cuero de las piernas del león-puma.

Ambos sexos se pintaban la cara, y en algunas ocasiones todo el cuerpo, con una pintura colorada, negra o blanca, hecha con tierras arcillosas ocráceas, o con carbón, mezcladas con la grasa de avestruz o con médula de guanaco, que obtenían haciendo cocer en grandes ollas los huesos triturados de estos animales. Esta pintura no la usaban solamente con motivo de alguna fiesta, bailes o en la guerra, sino también para preservarse de las grietas producidas por la acción de los vientos. El color rojo indicaba gozo, alegría; el blanco, guerra; y el negro, luto.



Huake, el último cacique de la tribu Tehuelche de Komesuaike



Mujer tehuelche montada sobre su caballo

Ambos sexos se hacían también tatuajes que por lo común consistían en incisiones en el antebrazo con pequeñas líneas paralelas trabadas con ocre azul o carbón en polvo. Antiguamente estos dibujos eran más complejos y en forma de figuras y se hacían también sobre el cuerpo y la cara. A las niñas se les practicaban estos tatuajes cuando llegaban a la pubertad.

Cuidaban muchísimo la limpieza de la persona con baños cotidianos, cuando estaban cerca de un río, y

mantenían también limpio el toldo y los utensilios. Pero sufrían la acción de parásitos que hallaban desarrollo favorable en la lana de sus colchas de pieles sin demostrar gran fastidio por esto, debido a que estaban acostumbrados; sin embargo, una noche, el cacique Orkeke, no pudiendo dormir, despertó a Musters, diciendo: "¡Los piojos no duermen nunca!"

Las armas que los Patagones usaban para la caza eran las boleadoras ⁽¹⁾, esto es, piedras del tamaño de un huevo de pavo guardadas en bolsitas de cuero y atadas a la extremidad de dos o tres correas, hechas con tendones trenzados de avestruz o de guanaco, de dos metros de largo o poco más. Usaban tres clases de boleadoras: la de dos bolas, llamada *chumé*, para cazar avestruces; la de tres bolas, llamada *yachiko*, para cazar guanacos, y la tercera, llamada *bola perdida*, porque se arrojaba sin volverla a recoger. Primitivamente usaban también el arco y la flecha, como lo demuestra la gran

(1) Las boleadoras formaban un arma muy antigua de los Patagones, como lo fué de los Ona de Tierra del Fuego, pudiéndose comprobar por los hallazgos de boleadoras a notable profundidad en el abundante material lítico que se encuentra en sus antiguos paraderos. Aunque en la edad moderna los Ona, hermanos de raza de los Tehuelche, no tienen más esta arma, sin embargo está ampliamente comprobado su uso en la antigüedad, por las muchas boleadoras que se encuentran en todo el territorio donde ellos vivían. Yo mismo hallé unas cuantas en un antiguo campamento de Ona, cerca del Cabo Santo Domingo, y otras fueron encontradas por unos peones mientras efectuaban excavaciones en la Misión salesiana de Río Grande a una profundidad de 70 cm. Nos parece por lo tanto infundada la afirmación del Dr. Outes, quien escribe que los Patagones comenzaron a usar las boleadoras a mediados del siglo XVIII, como arma de guerra. (Cf. Félix F. Outes, *La edad de la piedra en Patagonia*, Buenos Aires, 1905, pág. 254).



Una mujer tehuelche del lago Cardiel con su hija mestiza



Un grupo de Tehuelche

cantidad de puntas de flechas de guijarros, obsidiana, cuarzo, que se encuentra en sus antiguos campamentos esparcidos en toda la Patagonia, desde la costa hasta la cordillera.

Estas mismas armas de caza constituían las armas de defensa. Más tarde comenzaron a utilizar la lanza (*waike*), la daga o espada y las modernas armas de fuego. Los Tehuelche, debido a la necesidad de proveer a su propia alimentación, estaban obligados a una vida nómada, dedicándose constantemente a la caza del guanaco y del avestruz, que constituían su principal alimento.

Antes de que los europeos penetraran en América, estos indígenas efectuaban sus correrías a pie, pero apenas se introdujo el caballo, que en la pampa dilatada encontró ambiente muy favorable para su propagación, lo aprovecharon de inmediato, pues conocieron sus grandes ventajas. En efecto, solamente 43 años después de que los españoles desembarcaron 72 caballos en el Plata (1537), algunas parejas sueltas se multiplicaron en tal forma, que Pedro Sarmiento de Gamboa, en 1580, ya los encontró en el Estrecho de Magallanes, utilizados por los Patagones.

Las viviendas de estos aborígenes consistían en un toldo (*kau*) formado por una gran cubierta hecha de pieles de guanaco y, cosidas con nervios del mismo animal, colocada encima de una serie de palos transversales apoyados en dos o tres hileras paralelas de soportes de madera, cuya altura iba disminuyendo desde afuera hacia adentro. La parte anterior, más elevada, formaba la entrada, y se la dejaba abierta porque en ella se encendía el fuego y se cocinaba. La parte posterior era la que servía de dormitorio y estaba separada de la primera y dividida en diversos compartimientos por otros cueros de guanaco en forma de tabiques, para albergar, respectivamente, a los niños, a las mujeres y a los hombres solteros. A veces se juntaban varios toldos, generalmente de parientes y amigos, uniendo un costado de la cubierta y extendiéndola sobre la del toldo contiguo.

El menaje del toldo se reducía a las consabidas pieles de guanaco, mandiles, colchas de lana, ponchos, almohadas llenas de lana de guanaco, canastos de mimbre,



El cacique Huake

bolsas de cuero conteniendo pequeños objetos íntimos para la toilette, como ser: ocre en polvo de varios colores, láminas de plata, collares, peines y los utensilios de trabajo, cuchillos, raspadores, pequeños morteros de piedra y las armas. Escasos eran los instrumentos de cocina: un asador, una olla de hierro y algunos recipientes hechos con cáscara de armadillo. Hay que notar que los tejidos y los utensilios y adornos de metal no eran conocidos por los Patagones protohistóricos. Su uso se propagó con la llegada de los blancos al continente americano.

La tarea de instalar y organizar el toldo en los campamentos, así como la de levantarlo y cargarlo sobre los caballos, con todos los demás enseres y utensilios, correspondía por entero a las mujeres, que demostraban en ello gran fuerza y habilidad.

Cuando estaban de viaje, los hombres precedían a la tribu para dedicarse a la caza del guanaco y del avestruz, encendiendo, de vez en cuando, hogueras con las yerbas del campo para indicar el camino a las mujeres. En la

caza del guanaco y del avestruz, los Tehuelche demostraban su extraordinaria destreza para cabalgar y para dar en el blanco con las boleadoras. Para ello se juntaban veinte, treinta o más jinetes, con sus perros, y una vez establecida la superficie que se iba a recorrer, arrancaban a gran galope hacia distintos puntos, en modo de formar un vasto círculo. Al llegar al lugar establecido encendían hogueras y luego se iban acercando nuevamente, estrechando el círculo y convergiendo hacia un punto determinado. Los avestruces y los guanacos, al descubrir el peligro, intentaban huir, mas inútilmente, porque los caminos estaban cerrados por los cazadores, que los perseguían de todas partes y hacían blanco en ellos con sus mortíferas boleadoras.

En la caza, los Tehuelche lanzaban los caballos a una velocidad impresionante y arrojaban las boleadoras a una distancia de 15 a 20 metros, mientras corrían a todo galope. Alcanzada la presa, el jinete no se detenía, sino que seguía corriendo para matar a otros animales, hasta que, agotada la reserva de boleadoras, volvía sobre sus pasos para recoger la caza y las armas abandonadas.

Cada familia poseía un buen número de caballos —las más ricas hasta un centenar— que dejaban pastar libremente en el campo, cerca del campamento, sin que se alejaran de allí. El caballo más apreciado por los Tehuelche era el salvaje, aprisionado y domado, porque es muy resistente y veloz; es grande y fornido y de color bayo-oscuro.

Los Tehuelche poseían numerosos perros, una especie de galgos, que servían para la caza. Eran muy flacos y constantemente hambrientos, ya sea porque a menudo faltaba el alimento, ya porque el indio los mantenía a un régimen de escasez, para que fuesen más veloces en la carrera.

La ocupación principal de estos indígenas era, como ya se dijo, por la necesidad del sustento, la caza del guanaco y del avestruz. Durante la primavera cazaban guanacos pequeños para obtener las mórbidas y preciosas pieles que luego las mujeres cosían juntándolas, formando hermosísimas cubiertas de 12 ó 15 pieles para el abrigo y para venderlas a los blancos a cambio de géneros alimenticios y de vestidos.

También las plumas de avestruz constituían un importante artículo de comercio. Confeccionaban además mantas de pieles de zorro, de gato montés y de zorrino.

Los hombres eran hábiles en la elaboración del hierro y de la plata, utilizando las monedas que obtenían de los civilizados. Usaban instrumentos primitivos, en parte de piedra, y lograban templar el metal y hacerlo maleable para darle las formas deseadas, construyendo aros, pendientes, collares y arneses para los caballos, como estribos, anillos, bridas, bocados, etc. A estos trabajos se dedicaron solamente después de la llegada de los españoles. Las mujeres, además de las mantas de guanaco, tejían fajas de lana de guanaco para la cabeza (*vinchas*), cinturones; pintaban las mantas del guanaco, raspaban y cosían los cueros, buscaban la leña y el agua y preparaban la comida.

La carne constituía el alimento principal de estos indígenas, que por lo general la comían cocida o asada sencillamente sobre las brasas. Tenían una predilección especial por la carne grasa y cuando les era posible comían también toda clase de frutas, legumbres, hierbas y tubérculos silvestres. Hacían uso también de la sal, que obtenían en las abundantes salinas esparcidas en la región. Los numerosos conchales (*kiokemo-*



Bampa, tehuelche del Lago Cardiel



Kiienahuel, indígena tehuelche

dingos) desparramados por la costa patagónica en la zona austral, demuestran que los Tehuelche se dedicaban también a la pesca de los moluscos a lo largo de la costa, a baja marea.

No comían a hora fija, sino solamente cuando tenían apetito. No eran voraces ni golosos, pero comían hasta saciarse cuando les era posible. Su resistencia al ayuno era realmente notable.

Muchas veces, cuando recorrían grandes distancias y no podían hallar caza, se quedaban hasta dos o tres días sin probar alimento, sin demostrar por ello molestia alguna.

Los Patagones modernos eran fumadores apasionados y usaban una pipa de tubo corto con recipiente de madera.

Las bebidas alcohólicas, que antes les eran desconocidas, al contacto de los civilizados formaron el aliciente más dañino para esta raza. Cuando podían obtener licores de los vendedores ambulantes a cambio de las preciosas cubiertas de guanaco y plumas de avestruz, pasaban días y

noches enteras bailando, comiendo y bebiendo, hasta quedar completamente borrachos. Consecuencia de estas fiestas y del abuso de los licores eran riñas feroces, provocadas por una insignificancia, o por viejos rencores, concluyendo siempre en derramamientos de sangre y desórdenes morales.

Como todos los salvajes, se dedicaban al robo, mentían fácilmente, eran impetuosos e inconstantes. El sentimiento de la venganza estaba profundamente arraigado en sus ánimos. Por vengar ofensas o la muerte de algún pariente se dejaban arrastrar a menudo al delito y a guerras feroces con las tribus vecinas. Pero también demostraban *sentimientos nobles, gran bondad y cortesía para con los extraños y fidelidad a sus promesas.*

El amor filial estaba muy desarrollado entre estos indígenas. Se mostraban extremadamente cariñosos e indulgentes con los chicos, amaban con ternura a sus esposas e hijos, a los cuales prodigaban atenciones y cuidados especialísimos, que parecerían imposibles entre salvajes.

Cuando el joven tehuelche había demostrado su habilidad en la caza y en la guerra, podía aspirar al matrimonio. Estos matrimonios eran casi siempre fruto del amor y de una simpatía recíproca, y los padres dejaban plena libertad a sus hijas

para elegir, entre los pretendientes, al que más les agradara.

Para obtener la mano de la esposa, el joven buscaba una o más personas amigas que presentaran su pedido al padre de la muchacha, poniendo en evidencia todas las buenas cualidades del esposo y ofreciendo una cantidad de dones consistentes en yeguas, pieles y objetos de plata.

El matrimonio se efectuaba sin grandes ceremonias. Una vez concluido el contrato matrimonial y entregados los regalos, el padre llevaba a la hija al toldo del esposo, entre las aclamaciones de los amigos y los cantos de las mujeres, y el esposo ofrecía un banquete a todos los miembros de la tribu, sacrificando algunas yeguas. En estas ceremonias se notaban también algunas variantes. En los clanes del Sur, al concluirse el contrato matrimonial, en el toldo de la esposa se preparaba un compartimento especial para los recién casados. El día fijado para el matrimonio, la esposa era llevada al toldo acompañada por los parientes



Yapetenol, viejo cacique del lago Cardiel

y amigos, y entrada la noche, llegaba también el esposo. Era costumbre entre estos indígenas que la última hija casada permaneciese en el toldo paterno hasta que lo hiciera otra hermana. En los clanes patagónicos se permitía la poligamia y cada tehuelche era libre de casarse con todas las mujeres que pudiese mantener, pero era raro que tuviese más de dos, y generalmente una sola.

Los niños crecían bajo los cuidados afectuosos de sus padres. En sus primeros meses, la madre ataba a una madera la cabeza del niño, lo que volvía chata y deforme la parte posterior del cráneo, y en esa posición lo amamantaba. Durante los viajes el pequeñuelo era colocado tras la montura en una cuna que consistía en dos palos arqueados y unidos con mimbres o astillas de madera entrelazadas con tiras de cuero.

Cuando nacía un chico o cuando una niña entraba en la pubertad, acostumbraban celebrar fiestas, presididas por el brujo. Estas fiestas duraban dos o tres días, se mataban algunas yeguas, se comía hasta saciarse, se bebían licores y se bailaba.

Los bailes comenzaban al anochecer. Se encendía un gran fuego a la entrada del toldo y a su alrededor y en cuclillas se ponían en semicírculo las mujeres, pues éstas no participaban del baile.



Figuras de animales (tal vez guanacos) dibujadas por los Tehuelche sobre paredes de pórfido

aproximarse hasta tocarse, acompañando estos movimientos con gesticulaciones rítmicas de los brazos y de la cabeza. En estos bailes imitaban a la perfección el tranco del avestruz y el brinco del guanaco. Después de dar algunas vueltas alrededor del fuego el ritmo de la danza se aceleraba, y al acalorarse, los bailarines se despojaban del manto y aparecían desnudos, con el cuerpo pintado de varios colores, cubiertos únicamente con un cinturón de plumas de avestruz, conchillas, picos de aves y campanillas, que desde la cintura subía hasta los hombros. Cuando estaban cansados, se retiraban, reemplazándolos otros hombres, y de esta manera el baile pro-

La orquesta estaba formada por un tambor hecho con un pedazo de cuero estirado sobre un arco de madera; por una flauta construída con un fémur de guanaco agujereado y por un arco musical consistente en una varita que mantenía tensa una cuerda de crin de caballo. Para utilizar este instrumento sostenían con los dientes una de las extremidades del arco y asían la otra con la mano izquierda, obteniendo con el roce de un hueso bien liso, en un movimiento de vaivén, un sonido melodioso y suave.

A los sones discordantes de esa orquesta y al canto monótono de algunas viejas, salían del toldo, en fila, los hombres designados para bailar, con el cuerpo y el rostro cubiertos de mantas de pieles y la cabeza adornada con plumas de avestruz, de manera que resultaba difícil distinguir sus semblantes. Bailaban dando vueltas alrededor del fuego, uno frente a otro, acercándose y retrocediendo para volver a



Mujer tehuelche de viaje con sus hijos



Dibujos rupestres de los indios Tehuelche sobre una pared de pórfido gris en el Cañadón de las Pinturas

seguía hasta muy tarde. Cuando consumían bebidas, estas fiestas se transformaban en verdaderas orgías y acababan en riñas y derramamientos de sangre.

Las ideas religiosas de los Tehuelche se fundaban en la creencia de un espíritu bueno llamado *Maipé* o *Táarken-Kets*, que vivía en el cielo, creador de los hombres



Familia tehuelche, ya mestizada, en su choza cerca del Lago Cardiel

y de los animales, pero que no intervenía en su vida privada (1). Temían mucho, por el contrario, a un espíritu malo, que llamaban *Gualichu*, que era causa de todos sus males. No tenían ni ídolos ni oraciones, únicamente ofrendas y sacrificios de yeguas para propiciarse al *Gualichu*, que estaba siempre en acecho para causarles algún mal. Además de *Gualichu*, creían también en otros espíritus malignos, de los cuales tenían gran miedo, los que vagaban acá y allá por los bosques, los montes y las llanuras. Eran muy supersticiosos y creían en agüeros y maleficios y en toda clase de brujerías, de modo que cuanto se hiciese en su presencia que superase su inteligencia, despertaba sospechas y era considerado como arte de magia y causa de desgracias. Esta superstición constituyó precisamente una grave dificultad a los misioneros salesianos para la administración del Santo Bautismo a los chicos.

Incumbía a un médico-brujo alejar al *Gualichu* de los enfermos con exorcismos e imprecaciones, porque suponían que el espíritu malo hubiera penetrado en el cuerpo del paciente siendo la causa de la enfermedad. El oficio de médico-brujo podía ser ejercido por personas de ambos sexos, pero se daba la preferencia a las mujeres. Estaban convencidos de que el curandero-brujo o la curandera-bruja podían causar la muerte con una piedra que tenía muchos agujeros, en los cuales solían poner una partícula del traje o de los cabellos de la víctima designada. Para evitar el maleficio trataban de congraciarse con la bruja por medio de algún regalo, consistente en toda clase de víveres, o también en una yegua.

Era tal la convicción que tenían del poder de estas hechiceras que cuando creían

haber sido maleficiados por ellas, comenzaban a entristecerse y poco a poco adelgazaban hasta morir de consunción. Pero también estos curanderos o curanderas pasaban sus malos ratos, porque los parientes del muerto se vengaban, matándolos.

Eran contados los médicos-brujos que morían de muerte natural. No hace muchos años murió de tuberculosis pulmonar un hijo del cacique Tanquel, que estaba acampado con su tribu en la Isla Chonque-Vaique, cerca de Santa Cruz. Se creyó en seguida que el fallecimiento hubiese sido causado por los maleficios de la curandera-bruja de aquella tribu; por eso los parientes se apoderaron de ella, y después de matarla a puñaladas le quemaron los pies para que no pudiese caminar más y lle-



Figura parecida a un animal, dibujada sobre pórfido gris

(1) Cf. Maggiorino Borgatello, *Patagonia meridionale e Terra del Fuoco*. Torino, 1924.



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

CAÑADON DE LAS PINTURAS. — PINTURAS RUPESTRES DE LOS TEHUELCHES

var, como ellos creían, el maleficio a otras personas (1).

Cuando fallecía un Tehuelche, los parientes cosían el cadáver en su propia manta de guanaco, con sus objetos más preciosos de plata y lo sepultaban con la cara vuelta hacia Oriente y con el cuerpo doblado en posición fetal, quebrándole para ello la columna vertebral. Recubrían la tumba con pesadas piedras y no se hablaba más de él.

Todos los caballos y perros que habían sido propiedad del difunto eran sacrificados, como también las prendas y objetos personales eran arrojados a una gran hoguera, que encendían cerca del toldo, donde los parientes y amigos arrojaban alguna prenda para expresar su dolor. La viuda se cortaba el pelo sobre la frente y se pintaba de negro y las demás mujeres lloraban mezclando sus quejidos con cantos lúgubres y monótonos.

Sepultaban los cadáveres en lugares apartados, preferentemente en la cumbre de los cerros (*tchengue*), donde procuraban no acercarse jamás por el gran temor supersticioso que a sus muertos tenían.

Los indios Tehuelche creían que después de la muerte el alma se reencarnaba en un nuevo miembro de la familia; por ello, si era viejo no lo lamentaban, pues pasaba a una vida mejor; pero cuando era joven, su filosofía animista primitiva establecía que aquella alma debía quedar sin destino, prisionera de la tierra, hasta que transcurriera el tiempo que le faltaba para hacerse vieja. De allí las costumbres de depositar al lado del cadáver alimentos, armas y efectos personales.

En todos los lugares frecuentados por los Tehuelche, sobre todo donde existían cavernas, se encuentran numerosas pinturas rupestres, ejecutadas por los mismos indígenas, tal vez para recordar algún hecho particular, o como simple manifestación de sus aptitudes artísticas.

Generalmente consisten en impresiones de manos o pies humanos; en figuras de animales, como guanacos, avestruces, pumas, o de armas usadas por ellos, como boleadoras, arcos y flechas. Ciertas figuras geométricas en forma de líneas quebradas,



Impresiones de manos y otras figuras entre las cuales se distingue un animal con patas muy largas

(1) Ver *Ritos y costumbres entre los indios Tehuelches*, por José Pozzi, en *Argentina Austral*, N.º 85, año VIII, pág. 26.



El misionero salesiano P. Víctor Roticci, conversando con un indígena tehuelche

círculos concéntricos, puntos, etc., no resultan fácilmente descifrables. Ejecutaban estos dibujos con colores extraídos de ocres que abundaban en determinadas zonas, pero especialmente en el Río de las Pinturas.

Los colores predominantes son el rojo y el amarillo; más raros el blanco y el negro. Estos dibujos mantienen un color muy vivo, aunque hayan sido ejecutados muchos años atrás, como puede observar en las cercanías del Río de las Pinturas. Las innumerables impresiones de manos humanas allí pintadas en rojo,

amarillo y blanco sobre rocas porfíricas, de un leve tinte gris, son de efecto admirable. Las figuras de las manos son negativas y para ejecutarlas aplicaban la mano con los dedos muy abiertos —casi siempre la izquierda en ambos lados— sobre la pared, llenando de color los espacios circundantes.

En algunos lugares los dibujos se encuentran esculpidos sobre la piedra (pórfidos) por percusión con otras piedras, como puede observar en las proximidades del Lago Viedma (1).

La organización social de los Patagones tenía como base la agrupación de varias familias, unidas generalmente por parentesco, con un jefe llamado cacique, casi siempre hereditario, quien dirigía las expediciones, las cazas y evitaba las disensiones. En su forma política no tenían un jefe supremo, a quien los diversos clanes tuviesen que obedecer, como sus vecinos los Araucanos, sino que cada



El cacique Mulato rodeado de salesianos y amigos. El segundo, comenzando por la izquierda, es Mons. José Fagnano

(1) La pictografía en los territorios australes, aunque ofrezca material abundante y de interés, no ha sido todavía objeto de detenidos estudios si se excluye una que otra rápida investigación de algún viajero o estudioso en materia, entre los que sobresale la del Dr. Francisco de Aparicio: *Viaje preliminar de exploración en el Territorio de Santa Cruz*, y las publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, serie A, III, pág. 71 y siguientes. Buenos Aires, 1935.



Mons. Juan Cagliero con Ceferino Namuncurá, hijo del famoso cacique Manuel

tribu era libre de hacer su propio gusto. No faltaban las represalias y los combates entre las mismas tribus, siempre para vengar alguna antigua ofensa o la muerte de un pariente o de un amigo.

Pero cuando se trataba de luchar contra un enemigo común, como los Araucanos y los Puelches, los diversos caciques de los clanes del Sur y del Norte, después de efectuar solemnes asambleas, se unían y atacaban decididamente al enemigo.

Hubo batallas entre Tehuelche y Araucanos en las cuales quedaron en el campo más de quinientos hombres, diezmándose así por sí mismos, en razón de odios y rencor.



Mons. José Fagnano, fundador de las Misiones salesianas de la Patagonia meridional y Tierra del Fuego

con un ejército de 5.000 hombres, debía libertar de las tribus salvajes las llanuras patagónicas, desde las costas del Atlántico a los Andes. Los sacerdotes salesianos Santiago Costamagna, José Fagnano y José Beauvoir unieron gloriosamente sus nombres a esta expedición, acompañando a las tropas hasta el Lago Nahuel Huapí y Junín de los Andes, mereciendo los más altos elogios de sus jefes. En esta noble misión desplegaron en beneficio de aquellos desdichados salvajes toda la caridad y celo ardiente de que estaban animados, ya que aquéllos, hechos prisioneros a millares, eran expuestos al ludibrio y a los malos tratos de los soldados, reclutados, en su mayoría, entre gente de toda raza y nacionalidad, que se habían unido voluntariamente al ejército en busca de aventuras y de lucro. Casi todos estos salvajes fueron instruidos y bautizados y encontraron en el misionero al padre amoroso que los protegió y consoló en su duro cautiverio.

En 1880 los salesianos y las hermanas de María Auxiliadora se establecieron en Carmen de Patagones y en Viedma, y desde estos primeros centros de población irradiaron su múltiple actividad por toda la Patagonia septentrional. Cinco años más tarde (1885) la obra de redención y protección de los misioneros salesianos en favor de los Tehuelche se extendió también hasta la extremidad meridional de la Patagonia, cerca del Estrecho de Magallanes, con la fundación de otra residencia misionera en la

res profundamente conservados por muchos años.

Los Tehuelche fueron, así como los Indios Pampas y Araucanos, los primeros salvajes a quienes los misioneros salesianos llevaron, con la luz del Evangelio, la influencia benéfica de la civilización cristiana.

La conversión de estos rudos pueblos, sumergidos aún en las tinieblas de la superstición, dedicados a constantes y sangrientas luchas, ya intestinas, ya con los blancos, constituyó el sueño ardientemente suspirado por Don Bosco, quien para realizarlo envió en 1875 a Buenos Aires el primer núcleo de misioneros salesianos, encabezado por el sacerdote Juan Cagliero.

Pero solamente en 1879 pudieron los misioneros dar comienzo a su obra de caridad y de fe entre aquellos salvajes, cuando habiendo decretado el Gobierno argentino la famosa "Conquista del desierto", fueron incorporados como capellanes a la expedición militar del General Roca, quien,

aldea de Santa Cruz, sobre la costa del Atlántico, por obra de los misioneros Angel Savio y José Beauvoir. Los Tehuelche iban a veces a Santa Cruz para trocar sus productos y abastecerse de víveres y de vestidos, pero más a menudo eran los misioneros los que se trasladaban a sus toldos para instruirlos y prepararlos a recibir los Sacramentos. El Padre Beauvoir tuvo para con ellos los cuidados más cariñosos, y viviendo largo tiempo entre ellos, pudo conocer a fondo sus costumbres y estudiar su idioma. En estas peregrinaciones apostólicas logró conocer los restos de la tribu del cacique Galacho, que vivía entre Deseado y San Julián; del cacique Papón, en las proximidades de Santa Cruz; del cacique Zapa, entre el Río Santa Cruz y Gallegos, y del cacique Mulato, entre Gallegos y el Estrecho de Magallanes.

Existía todavía una quinta tribu: la del famoso cacique Orkeke, a quien se refiere Musters, que residía más al Norte, entre el Río Deseado y el Río Chubut; pero ésta había sido sorprendida por el General Winter y llevada a Buenos Aires en el período de la conquista del desierto.

La vida del misionero en estas tierras solitarias resultaba, en aquellos tiempos, particularmente difícil y llena de privaciones y sufrimientos, porque se carecía de medios de comunicación y los recursos eran muy escasos.

El P. Beauvoir, mientras regresaba de un viaje a Buenos Aires, adonde se había trasladado para adquirir objetos sagrados, en el buque "Magallanes", naufragó (22 de junio de 1886) cerca de Deseado, perdiendo todo lo que llevaba consigo y salvando únicamente la vida. El buque, por una falsa maniobra del Capitán, había chocado con un banco rocoso y después de una hora se iba a pique. Ocurrieron a bordo escenas de pánico y de terror en una confusión horrible entre los doscientos pasajeros, muchos de ellos mujeres y niños, que luchaban por embarcarse en las chalupas. El P. Beauvoir y el hermano coadjutor Forcina, que lo acompañaba, esperaron hasta el último momento, confiando en la ayuda de Dios y de la Virgen, pudiendo salvarse pocos minutos antes de que el buque desapareciera para siempre en el mar.

El P. Beauvoir debió permanecer 35 días en aquellas costas desiertas, en el período más crudo del invierno, en un pequeño rancho, con escasos vestidos y pocos víveres, hasta que desde Buenos Aires llegó el vapor "Mercurio", que los condujo con los de-



Pbro. José M. Beauvoir, Capellán militar del Ejército Argentino

más náufragos, tras no pocas nuevas peripecias, a Santa Cruz. Otro benemérito misionero salesiano que tanto bien hizo a los indios Tehuelche fué el P. Maggiorino Borgatello, quien llegó a Punta Arenas con Monseñor Fagnano el 3 de diciembre de 1888, efectuando numerosos y extensos viajes a través de la Patagonia meridional, desde la costa hasta la Cordillera, convirtiendo a la fe a un buen número de estos indígenas, de cuya vida y costumbres dejó brillantes e interesantes relatos.

En la actualidad prosigue la obra de caridad y de protección del misionero para con los pocos indígenas que aún sobreviven, visitándolos periódicamente en sus toldos.

He querido ver y estudiar estos tristes restos de la gigantesca estirpe patagónica y me trasladé expresamente, en distintos viajes, a los alejados valles donde residen, reunidos en grupos de pocas familias, entre el Lago Argentino y el Lago Cardiel. Muy pocos vestigios quedan de sus costumbres y de sus tradiciones y particularmente ha desaparecido casi por completo el tipo puro del Patagón.

Los frecuentes matrimonios con los blancos, especialmente con los chilotes —naturales de Chiloé—, han degenerado la estirpe, procreando un gran número de mestizos endebles y enfermizos. De los pocos indígenas que pude fotografiar, solamente *Uake*, *Yepetenol*, *Bampa* y unas pocas mujeres podían representar modestamente la figura de sus antepasados.

Causa pena pensar que esta raza, tan fuerte y buena, de formas tan excelentes y atléticas, haya llegado tan rápidamente a su fin. Es la suerte fatal que toca a todas las razas indígenas, demasiado primitivas, cuando entran en contacto con la raza blanca, más fuerte y vigorosa.

Los Patagones, a pesar de que habitaban un territorio inmenso, eran muy reducidos en número. Antonio Viedma, en 1870, juzgaba que la población indígena que vivía en la zona austral de la Patagonia alcanzaba a 4.000 personas. Alcides D'Orbigny (1839) calculaba que en todo el territorio de la Patagonia hubiera de 8 a 10.000 indígenas.

Sólo treinta años después (1869), el capitán Jorge Musters afirmaba que los Tehuelche puros, tanto del Norte como del Sur, existentes por aquel entonces en la Patagonia no excedían de 1.500 individuos.

En el Territorio de Santa Cruz, donde eran más numerosos, según un censo que mandó hacer en 1931 el Gobernador Danieri, no eran sino 358; pero este número disminuye todos los años y no está lejos el día de su completa extinción. Vencidos por la civilización invasora, obligados a retirarse de los centros preferidos, donde obtenían abundantes medios de subsistencia en la libre caza a través de la pampa inmensa, para vivir en terrenos determinados y áridos que les asignó el Gobierno, los Tehuelche se van extinguiendo en forma lenta pero inexorable. Las privaciones, los vicios que aprendieron de los civilizados, especialmente el abuso de las bebidas alcohólicas, han debilitado su organismo y postrado su moral. Además del abuso de las bebidas, que debilitó su robusta fibra y los predispuso a otras enfermedades, especialmente a la tuberculosis, debe buscarse la causa de su rápida extinción especialmente en las enfermedades contagiosas, como la viruela y el sarampión, que en poco tiempo aniquilaron tribus enteras, como ocurrió con la del cacique Mulato.

De la raza fuerte y gigantesca de los Patagones, del indígena indómito y guerrero, del señor que desde tiempo inmemorial efectuaba sus correrías, libre y feliz, por las inmensas soledades de estas estepas, barridas por los vientos y las tormentas, pronto no quedará sino un triste recuerdo.